

ANÁLISIS DE LA OBRA

Como afirma Gustavo, el malhadado protagonista de esta obra: “Todo fue,/ señor, un mal entendido”. La obra la endereza Bretón contra Teófilo Gautier y, en general, contra la visión tópica y folclórica –simplificada y engañosa, por tanto– que los viajeros extranjeros por España ofrecían de este país. Tal alegato contra esos libros de viajes de intención zurda lo efectúa Bretón valiéndose de un personaje, que por sus características de ridiculez extremada puede encuadrarse entre los de figurón; se trata de un joven francés, cuyo casamiento con española de Cartagena acordaron los padres de ambos, que debido a la equivocada idea de España extraída de sus lecturas en libros vitandos de viajes, comete mil (siete u ocho) desatinos, quedando tales libros en solfa y el francés sin matrimonio.

La peripezia afectiva (relación o, mejor, la falta de ella, de los jóvenes prometidos) soporta la intención ideológica (andanada contra Gautier) sin inconveniencias: el francés actúa en el cortejo por lo necio, su futuro suegro aprovecha para adoctrinarlo contra los malos libros, anacrónicos y mendaces, hasta llevarlo a una conclusión que, más que apasionada o fogosa, es incendiaria: se sugiere se haga con esos libros una pira, un auto de fe.

Y al compás de los desatinos y de la quema de libros sin gloria –solución poco culta, por cierto– se deshace la boda, sin pena: “Y tan amigos como antes”.

Volvemos a encontrarnos con un teatro de lo evidente, y ya no por el mero hecho de que se prevea el final con un leve oteo en el principio, sino porque el autor guarda con su público unas atenciones mostrativas excesivas. La ruptura del compromiso de boda en esta obra ejemplifica esa tendencia de manera suficiente. Se asume aun antes de la aparición del novio por la inquina visceral que muestra la novia; cuando se presenta rocambolescamente el susodicho ya no hay duda sobre lo que ocurrirá; pues bien, hay hasta tres parlamentos del sesudo padre que aventuran marcha atrás en el compromiso, por el bien de su hija. Lo curioso tras tanta luz, tras lo diáfano de la crítica y esa tendencia a subrayar aspectos, es la facilidad con que quedan sombras: la más llamativa en *Un francés en Cartagena* es la que atiende a la extranjerización de España. Puede notarse con facilidad que se rechaza con enojo la versión folclorista del país, y que la forma de combatirla es justamente la de presentarlo afrancesado en modos, costumbres y lenguaje. Los parlamentos del ideológico papá incluyen frecuentes expresiones francesas (“comme il faut”, en “negligé”...), y la profesión de fe de la patriótica hija es un canto a Europa, resumido en Francia: problemas de la simplificación que le nacen a un teatro hecho fundamentalmente para divertir, cuando se convierte en soporte de una postura en cualquier debate ideológico.

La obra arranca de una situación en la que se quiebra lo habitual por la presencia de un tipo creado sobre dos solos rasgos: estar imbuido de una errada concepción de cuanto concierne al país de su prometida, y apreciar profundamente el país así concebido; huelga decir –aunque lo digo– que el segundo rasgo, aun positivo, redundaba en intensificación del primero, negativo.

La intriga tiende a la acumulación de acontecimientos (como afirma la criada, para que no haya lugar a dudas: “Pues yo creo / que hoy comienza en casa [el carnaval], y así queda constancia en el inevitable sumario de los hechos que un personaje, en este caso Dolores, ha de referir, en la última escena.”)

Las escenas se conforman según tres tipos: unas, dialogadas, en las que fundamentalmente se intercambia información; otras, las más características de esta obra, son de una vivacidad llamativa, porque el intercambio de información es muy contrastado y rápido, y se hace con el acompañamiento de tono elevado –gritos, por lo general–, y con un movimiento escénico vivo (destaca la proximidad y el contacto físico entre los personajes, que se agarran, se defienden, se desmayan...), y ello sobre todo en las escenas IV del primer acto y VIII del segundo); por último, jalonan la acción los monólogos, todos ellos reflexivos que remansan las situaciones y, al comentarlas las subrayan; en el comienzo del acto II guardan incluso un ritmo de aparición alternante: son monólogos las escenas III, V y VII.

Una obra con el juego escénico de la presente invita a concebir un conjunto definido de acotaciones. Como ocurre en la mayor parte de este teatro, no hay tal: por lo general, las referencias a gesto, tono, movimiento... se incluyen en el diálogo: “¡Ríe usted!”, “por más que me esfuerzo/ no puedo tener la risa”; “tomarlo a risa es mejor”; “Yo me sofoco// ¡Oh, qué cajra de demonia! // Yo me caigo...”.

Un francés en Cartagena descuella por su comicidad. El humor se consigue en ella mediante las extravagancias que va haciendo el mozo, y con un idiolecto medio francés, medio español de indudable efecto a lo largo de la obra. No hay, sin embargo, una burla lingüística –a la que con gran facilidad se desliza cualquier tratamiento lego del contacto entre lenguas–. Bretón, traductor del francés, tiene el detalle lingüístico de apostillar en boca de la novia adversa (escena I) que, si bien la carta de Gustavo es algo churrada, ella lo haría peor si la escribiera en francés.

T E X T O

UN FRANCÉS EN CARTAGENA
COMEDIA EN DOS ACTOS

**Estrenada en el teatro del Príncipe
el día 28 de abril de 1843.**

PERSONAJES

DOLORES. GUSTAVO.
PEPA. D. CIPRIANO.
UN OFICIAL. UN CRIADO.
SOLDADOS.

*Sala de la casa de D. Cipriano en Cartagena: puerta en el foro
y dos a la izquierda del actor: un balcón a la derecha:
muebles de lujo y entre ellos un espejo. La puerta de la
izquierda más próxima al foro es la de la habitación
destinada a Gustavo.*

ACTO PRIMERO.

Es de noche.

ESCENA I.

DOLORES. D. CIPRIANO.

[Aparecen vestidos de dominó, pero sin careta y sentados.]

- Dolores.* ¡Aún no viene la tartana!
- Cipriano.* ¡Oh! primero que recoja
a las chicas de Pantoja,
y a Petronila, y a Juana...
¿Te aguja mucho el deseo
de ir al baile?
- Dolores.* No, papá,
pero esta noche ¡estaré
tan brillante el coliseo!...
- Cipriano.* ¡Digo, carnaval, y martes!
¿Quién excusa baile y cena?
Momo reina en Cartagena
lo mismo que en todas partes.
- Dolores.* ¡Oh! sí, y hace maravillas
mientras dura este belén;
¡vaya, cuando a usted también
le saca de sus casillas...!
- Cipriano.* ¿Soy yo por ventura fraile?
¿O quisieras –y es muy justo–
que fuese menos vetusto
tu caballero de baile?

- Dolores.* ¡Ah! ¿con quién iría yo
más gozosa...?
- Cipriano.* ¡Oh! pues me atrevo
a parecer un mancebo
con careta y dominó.
- Dolores.* Mas papá que por llevarme
a las máscaras no duerme,
¿tiene afán de complacerme...
o designio de celarme?
- Cipriano.* ¡Eh! ¿Quién guarda a las mujeres
cuando no se guardan ellas?
Sigo con gusto tus huellas
porque eres buena y me quieres.
- Dolores.* Tanto que casi a despecho
voy a las máscaras.
- Cipriano.* ¿Sí?
- Dolores.* Pues usted deja por mí
el regalo de su lecho.
- Cipriano.* ¿Dormiría yo? Te engañas.
¿Duermen acaso los viejos?
¿Y cómo teniendo lejos
la prenda de mis entrañas?
O si durmiera, después
me desvelara al momento
con aquello de *memento
homo, quia pulvis es...!*
No; deja que, entrando en liza
con la juventud lozana,
me olvide de que mañana
es miércoles de Ceniza;
que si para todos zumba
con son infausto su nombre,
¿Cuánto más, di, para el hombre
que tiene ya un pie en la tumba?

- Dolores.* ¡Jesús, qué ideas, Jesús!
Me aflige usted, me amedrenta...
- Cipriano.* ¿Y por qué? ¡Bobada! Haz cuenta
que no he dicho tus ni mus.
- Dolores.* Claro está, mas, por si acaso,
ahora acepto el compromiso.
Vendrá usted y, si es preciso,
bailará...
- Cipriano.* ¿Yo? ¡Lindo paso!
No; sentado con mi prima,
viendo de tu lindo pie
la gracia, me quitaré
diez o doce años de encima.
Después, cual dama y galán,
iremos por el salón,
y será mi diversión
la envidia que me tendrán.
- Dolores.* ¿Hay padre más bondadoso?
[*Le besa la mano.*]
- Cipriano.* [*Abrazándola.*]
¡Cuánta será mi ventura
si con la misma ternura
que yo te quiere tu esposo!
- Dolores.* ¡Mi esposo!... Ya mi alegría
turba ese nombre funesto.
¿A qué casarme tan presto?
Soy muy joven todavía.
- Cipriano.* ¡Diecinueve años y un mes!
Menos tenía tu madre
cuando naciste; y tu padre...
¡tan viejo ya!... ¡*Pulvis es!*...
- Dolores.* ¡Otra vez *pulvis!* ... ¡Gran Dios!...
Sí, señor, me casaré.
- Cipriano.* Gustavo te ama...
- Dolores.* Ya sé...

Cipriano. Seréis felices los dos.
Según carta que el papá
me escribió desde Marsella,
pronto a los pies de su bella
el futuro llegará;
pero sin duda le importa
sorprendernos...

Dolores. ¡Qué capricho!

Cipriano. Porque el nombre no me ha dicho
del buque que le trasporta.

Dolores. Padre..., un padre nunca yerra,
mas ¿por qué tanto interés
en entregarme a un francés?
¿No hay ya mozos en mi tierra?

Cipriano. El ser de tu gusto o no
es lo que más interesa,
y más que sea francesa
la cuna que le meció.
En circunstancias muy críticas
y con la vida en un tris
me arrojaron del país
mis opiniones políticas.
¡Fatal año veintitrés,
fatal nuestra desunión
y fatal la intervención
del ejército francés!
A los hijos de Numancia
ella trajo el despotismo...
Mas la Francia no es lo mismo
que el gobierno de la Francia.
¡Cuántos, de alevé sicario
salvando apenas la vida,
hallaron grata acogida
en su suelo hospitalario!
Entonces de alguna estrella

benigna el próspero influjo
sano y salvo me condujo
a las playas de Marsella.—
Aún no habías tú nacido,
que quedó tu madre encinta
de ti... ¡Mi pobre Jacinta!
Nunca la echaré en olvido.
Por su débil complexión
y por cuidar de tu infancia,
compartir no pudo en Francia
el pan de la emigración;
y cuando tan dulces lazos
pude estrechar sin estorbo,
¡ay Dios! el cólera morbo
me la arrancó de los brazos.

Dolores.

¡Madre mía!...

Cipriano.

A su memoria

fuera tributo mi vida...

[*Abrazando a Dolores.*]

sin esta prenda querida
que es mi consuelo y mi gloria.—
Mas no agucemos el clavo
que me hiere en lo más vivo,
y volvamos al motivo
de casarte con Gustavo.
Siendo él niño todavía
a su padre conocí,
en cuya casa viví
como pudiera en la mía.
Ya entonces con regocijo
afianzaba nuestro afecto
el agradable proyecto
de tu boda con su hijo,
y hartos su bondad te nuestro

pues la alcancé tan cumplida
con mi libertad perdida
y mi fortuna en secuestro.
Hoy que estoy en la opulencia
¿podré mirar con desdén
al noble amigo por quien
me salvé de la indigencia?

Dolores. No, pero ¡a qué matrimonio
tan aciago me condeno
si siendo el padre tan bueno
es quizá su hijo el demonio!

Cipriano. ¿No has visto ya su retrato
como él el tuyo?

Dolores. En efecto,
mas con rostro tan perfecto
puede ser un mentecato.

Cipriano. No digas tal sacrilegio,
que no habrá andado hacia atrás,
y al venirme era el que más
descollaba en el colegio.

Dolores. Dará de su ingenio muestras
y tendrá mil alicientes,
pero ¡son tan diferentes
sus costumbres y las nuestras!
no me fío de mí sola,
pero si oigo a mis amigas...
¿Cómo han de hacer buenas migas
un francés y una española?
Allí todo se hace a escote
y lo que obtiene la palma
no son las dotes del alma
sino el alma de la dote,
y al tomar una mujer,
a manera de subasta,
todo lo estipulan, ¡hasta

- los hijos que han de tener!
- Cipriano.* No es errada tu opinión,
que algo de eso hay por allá;
mas tanto allá como acá
no hay regla sin excepción,
y aunque son de tierra extraña
solo a complacerte aspiran
hijo y padre, que deliran
por todo lo que es de España.
Por eso el pobre Gustavo
nuestro idioma noche y día
estudia, galantería
que yo agradezco y alabo,
y prueba de que despunta
en la instrucción que recibe
es la carta que te escribe
a la de su padre adjunta.
- Dolores.* Algo chapurrada es,
mas la entiendo; y yo en rigor
lo haría mucho peor
si le escribiera en francés.
- Cipriano.* En fin, venga y le verás.
Si no fuere de tu gusto
sacrificarte no es justo
ni yo lo haría jamás.
- Dolores.* Mas por poco que me cuadre
le daré mano de esposa
sólo por dejar airosa
la palabra de mi padre.
- Cipriano.* Y mi corazón me augura
que la boda que desea
se hará pronto, sin que sea
a expensas de tu ventura.

ESCENA II.

DOLORES. D. CIPRIANO. PEPA.

- Pepa.* Ya está abajo la tartana.
[*Don Cipriano y Dolores se levantan.*]
- Cipriano.* Pues vamos, Dolores.
- Dolores.* Vamos.
- Pepa.* (¡Qué envidia! Tras los amos
me iría de buena gana.)
- Dolores.* Dame mi careta.
- Pepa.* [*Dándole una de dos que están sobre una mesa.*]
¿Es esta?
- Cipriano.* La mía.
[*Pepa le da la otra.*]
Si es toledana
la noche, a bien que mañana
dormiremos buena siesta.
- Pepa.* (¡Pues ya, sí! Y yo ¿cuándo duermo?)
- Cipriano.* Tú vela y cuida la casa,
que madruga Nicolasa
y Cristóbal está enfermo.
- Pepa.* (¿No dije?) Bien, ya lo escucho.
- Dolores.* ¡Adiós!
- Cipriano.* (Una vez que hay dos,
llevaré una llave...) ¡Adiós!
- Pepa.* Diviértanse ustedes mucho.
[*Vanse Dolores y D. Cipriano por el foro.*]

ESCENA III.

PEPA.

¡Buena noche toledana,
y van al baile, cuando una...
Pues ¿hay placer en el mundo
como aquella baraúnda

de carnaval? ¡Y poquito
me gusta a mí la mazurca
y el rigodón, y la greca!¹
Pero lo que más me gusta
es el vals. ¡Con qué delicia
la persona se columpia,
y se limpia una de humores
con lo que suda y trasuda,
y como una se ventila
se queda libre de pulgas!
Luego, a favor de la máscara
y de cuatro garatusas,
pasa cualquiera fregona
por señora de alta alcurnia,
y la fea por bonita
y por verde la madura.
Cuando una tiene pareja
nadie estorba que la luzca,
y cuando una no la tiene
sin escrúpulo la busca;
y si no cuaja de veras
lo que se emprendió de burlas,
al menos mientras la cara
bajo el tafetán se oculta,
oyendo dulces requiebros
se esponja el alma y disfruta.
Y se deja una llevar
hacia el ambigú..., y abusa;
que así como caballeros
también hay damas de industria.—
Ya estará lleno el teatro...

1. **Greca.** Danza que, como el cotillón, solía hacerse al final de la fiesta. Bretón utiliza esta voz en su artículo *Las máscaras* (Diez Taboada y Rozas, 1965: 209).

¡Reniego de mi fortuna!
Y tan cerquita que casi
desde aquí se oye la bulla...
Mas me sucede lo mismo
que a la zorra con las uvas.

[*Suena en la calle música de guitarra, bandurria,
& c., tocando la rondeña.*]

¡Hola! Hay jolgorio en la calle.–
¿A quién darán esa música?–
Dios me conforta con ella
ya que el baile me rehúsa.–
Y a mi puerta se han parado,
que el oído me lo anuncia.–
¡Ay qué gloria de guitarra
y qué gozo de bandurria!

[*Cantan en la calle.*]

“Graciosa niña morena,
la noche a velar convida,
que está apacible y serena.
Despierta si estás dormida
y saca una alma de pena.”

[*Siguen tañendo.*]

Pepa.

¡Ay qué copla tan discreta,
y con qué gracia y sandunga
la han cantado!– ¿Seré yo
la agraciada?– ¿Quién lo duda?
Manuela es una avutarda,
Nicolasa una lechuza...
Ya en la vecindad no quedan
más mozas que Juana y Ursula;
pero el novio de Juanilla
está en la huerta de Murcia,
y la otra ¿cómo es posible

siendo sobrina del cura...?
Aunque dicen malas lenguas...
Pero ¡ca! serán calumnias.

[*Cantan otra vez.*]

“Prenda de mi corazón,
lucero de la mañana,
asómate a ese balcón;
o si eres de otra opinión...,
asómate a la ventana.”

[*Siguen tocando.*]

Pepa. Está visto, a mí me rondan,
y el que con tanta finura
me echa coplas que me ponen
en los cuernos de la luna,
calafate es por lo menos
o patrón de una falúa.
¿Y seré yo tan ingrata,
y seré yo tan injusta,
que no me asome al balcón
cuando por mí se aventura
a un catarro pulmonal
o a que le den una zurra?

[*Abriendo el balcón.*]

Abro, pues, que me da pena
esa pobre criatura,
y el amo no me ha de echar
desde el baile una peluca.

[*Se asoma.*]

Ya me asomo, pero callo
hasta ver si me saluda
por mi nombre. ¿Quién será?—
¡La noche está tan oscura...!

[*Vuelven a cantar.*]

“María, flor de las flores,
María del alma mía,
por ti me muero de amores,
María de los Dolores,
de los Dolores María.”

[*Prosigue la música.*]

Pepa.

[*Retirándose un poco del balcón.*]

No es para mí la función.
¡Pese a mi mala ventura!...
¡Y salía yo tan hueca...
Pero el nombre que pronuncian
es el de mi señorita.
¿Y cómo siendo tan pulcra
tiene gachón que la cante
en serenatas nocturnas
por el son de la rondeña
esas coplillas tan chuscas?—
¡Ay, y a mí...! ¡Qué sueño tengo!
Aunque se la lleve Judas...

[*Bostezando.*]

Ah... Me sentaré...

[*Se sienta junto al balcón, da cabezadas y a los pocos momentos se queda dormida.*]

¡Jesús!...

Para otras tanta... Y yo nunca...

[*Cantan.*]

“Si he de subir, dueño mío,
dímelo con una tos.
Dulce imán de mi albedrío,
¡déjame subir por Dios;
que es de noche y tengo frío!”

Pepa. [Continúa el tañido.]
[Soñando.]
¿Me conoces? ¿me conoces?—
No me trato con gentuza.
¡Quítese allá el mamarracho...
[Tose dormida y al instante cesa la música de la calle.]
¡Viva la flor y la espuma
de las Pepas!...
[Vuelve a toser y despierta.]
¡Qué remusgo!
Se me ha enfriado la nuca...
y esta tos... Entornaremos...
[Entorna el balcón sin moverse de la silla y hace esfuerzos para dormirse otra vez, pero la tos la vuelve a desvelar.]
¡Otra vez la tos perruna!
[Se levanta.]
Buscaré con qué abrigarme...
[Ábrese el balcón y aparece Gustavo.]
¡Ay, Virgen de las Angustias.]

ESCENA IV.

GUSTAVO. PEPA.

Gustavo. ¡Oh saleiro!... Buena tarde...
Pepa. [Gritando.]
¡Socorro!— ¿Con qué intenciones
viene usted...?
Gustavo. ¡Calla!
Pepa. ¡Ladrones!
Gustavo. Yo ¿ladrones? ¡Dios me en guarde!
Pepa. ¡Ay! me dan unos sudores...

- Gustavo.* La música de tu tos...
Mas la ... semblante de vos...
Vos no estás donna Dolojres.
- Pepa.* ¡Aparte de aquí el borracho!
- Gusta.* ¿Yo emborrachar! Dios testigo...
- Pepa.* Aparte de aquí, le digo,
y no se finja gabacho.
- Gustavo.* Mí no finco yo. ¡Maldita!...
Mí, no ladrrón, sino esposo;
mí, yo soy un amojroso.
¿Dónde está la señojrita?
- Pepa.* ¿Qué tiene que ver con ella
un pícaro...?
- Gustavo.* ¡Oh! por san Pablo...
No; yo soy un pobre diablo
que está nasido en Marsella.
- Pepa.* En todas partes hay cuño
de bribones.
- Gustavo.* ¡Oh, mon Dieu!
Si no callas, ¡ventrebleu!...
te doy un golpe de puño.
- Pepa.* ¡Piedad! ¡socorro! ¡ah de la casa!
- Gustavo.* ¡Tais toi!
- Pepa.* ¡Cristóbal!... ¡vecino!
¡al ladrón! ¡al asesino!
¡Nicolasa! ¡Nicolasa!—
¡Ella duerme! ¡él está enfermo!...
- Gustavo.* ¡Oh damnation!
- Pepa.* ¡Que me viola!
¡que me mata!— ¡Y yo aquí sola
con semejante estafermo!
- Gustavo.* ¡Fi donc! ¡Pecado nefando
digno de eternal castigo!...
No vengo a buscar a tigo;
es dom Lopes quien demando.

[Gritando.]

¡Dom Lopes!— ¿Dónde se esconde?

¡Dolójres!

[Suenan golpes fuertes y repetidos en la puerta de la calle.]

Pepa. (Llaman con bulla...)

¡Respiro! Alguna patrulla...)

Gustavo. ¡Persona no me responde!

Pepa. (Iré... Mas la llave suena.

Vendrá el amo...) Ahora verás...

[Dentro ruido y voces.]

¡Al ladrón!

Gustavo. ¡Qué Barrabás
de villa de Cartaquena!

ESCENA V.

GUSTAVO. PEPA. D. CIPRIANO. UN OFICIAL. SOLDADOS.

Cipriano. ¡Aquí está! ¡Date a prisión!

[Los soldados le rodean.]

Gustavo. ¿Yo prisionero? ¡Demontre!

Pepa. ¡Ay, amo del alma mía!

Gustavo. ¡Tanto mundo contra un hombre!

¿Y es así que a la huéspedes

resiben los españoles?

Cipriano. ¿Qué oigo! Ese acento... Esa cara...

Gustavo. Mí, yo soy francés.

Cipriano. ¿El nombre...?

Gustavo. Gustavo de Martignac.

Cipriano. ¡Sí, él es, sí!— Nadie le toque.

Pepa. (Esta es otra que bien baila.)

Cipriano. Yo respondo de este joven.

Bien puede usted retirarse.

Oficial. ¿Sabe usted de quién responde?

Cipriano. Sí por cierto. Algún error...

Como aquí no le conocen

y ha venido de sorpresa...
¿No quiere usted que le abone
si viene a ser nada menos
que yerno mío?

Gustavo. ¡Oh, dom Lopes!

[*Se abrazan.*]

Oficial. Bien está. Si usted promete
que no ha de alterar el orden...

Cipriano. ¿El? Ni soñarlo.

Oficial. Seguidme,
muchachos.— Felices noches.

ESCENA VI.

D. CIPRIANO. GUSTAVO. PEPA.

Cipriano. Pues ya se ha pasado el susto,
anda tú y llama a Dolores,
que sin duda se ha escondido
en los últimos rincones
de la casa.

ESCENA VII.

D. CIPRIANO. GUSTAVO.

Cipriano. [*Apretando la mano a Gustavo.*]
¡Voto al chápiro!
¡Tomar por ladrón al pobre
Gustavo!— Pues si no vengo
tan a tiempo, echan a golpes
la puerta abajo y te prenden
sin atender a razones.

ESCENA VIII.

D. CIPRIANO. GUSTAVO. DOLORES. PEPA.

Dolores. ¡Papá!...

Cipriano. Ven aquí...

- Gustavo.* ¡Oh la linda
creatura, ánuquel de amojres!
- Cipriano.* Abraza a tu novio.
- Dolores.* (¡Es él!...)
- Gustavo.* ¡Ah Dolojritos!
- Cipriano.* ¿No me oyes?
Abraza a Gustavo.
- Dolores.* [Abrazándole con tibieza.]
Sí...
¡Bien venido!
- Gustavo.* ¡Oh bella doble,
trriplemente que el retrato!
- Cipriano.* ¡Cuánto ha crecido! ¡Está enorme!—
¿Vienes bueno?
- Gustavo.* ¡Oh, mucho bueno!
- Cipriano.* ¿Y papá? ¿y mamá? ¿y la prole?
- Gustavo.* Todos se portan muy bien.
- Dolores.* (¡Quiera Dios que tú te portes
mejor que yo espero!)
- Cipriano.* ¿Y cómo,
cuando con viento del norte
aún te hacía yo surcando
de bolina el mar salobre,
te encuentro aquí perseguido
por ladrón, y dando voces
la criada...
- Gustavo.* ¡Oh! la crriada...,
yo la pido mil perdones,
es una pequeña bestia.
- Pepa.* Gracias. (¿Habrás monigote?)
¿Qué mujer no se espeluzna
y aturde a gritos el orbe
si está sola, y en la casa
se le cuele un tagarote...;
y no por la puerta, que eso

al fin sería más noble,
sino....

Cipriano. ¿Qué!...

Pepa. ¡Por el balcón!

Cipriano. ¡Gustavo!

Gustavo. Mas...

Cipriano. ¡Qué desorden!

Gustavo. Mas présteme usted orecas,
señor, porque yo le informe...
Señor, yo tengo leído
memorias de compatriotes
que estudian en filósofos
las costumbres españoles;
señor, yo tengo aprendido
que en vuestras poblaciones
y otro tanto en Cartaguena
que en Málaga y en la corte,
es de rigor..., ¿cómo disen?...
pelar el pavo los cóvenes,
y haser musica a las damas,
y... dar asalto en balcones.
Y esto no lo disen sólo
los franseses viacadores;
que de mismo lo constatan
Mojretos y Caldejrones.

Cipriano. Calderones y Moretos
fueron discretos pintores
de su siglo, mas su siglo
ni es el nuestro, ni el de Clovis²;
y hay notable diferencia,
aquí, en Francia y en Hannóver,

2. **Clovis.** Clodoveo (461-511); rey franco fundador de la monarquía francesa, y convertido al cristianismo en 496.

de las costumbres de ahora
a las costumbres de entonces.
Ya las damas de Castilla
no imitan en sus amores
a las gatas, y esos músicos
nocturnos que echan los bofes
para exprimir con la jota
y el fandango sus pasiones,
y en fin eso de pelar
la pava desde las doce
en coloquios que interrumpe
muchas veces un garrote,
ahora ya solo se estila
entre la gente del bronce.

Gustavo. Perdone usted, pero mí...
Yo tengo mucho a los goses
populajres, y por tanto,
no bien desbarqué en el bote
busqué en el muelle una tropa
de escolares truvadojres,
y con ellos...

Dolores. Bien está;
pero es acción fea y torpe
encaramarse un amante
al balcón sin que le otorguen
licencia...

Gustavo. Esto es verdadejro;
mas yuro a vos y a san Roque
que por boca del cantante
demandé con tres bemoles
una tos de permisión;
y he aquí que de arriba tose
vos de muquer...

Pepa. ¡Pues! la mía.
Rezando mis oraciones

me quedé medio traspuesta,
y con el fresco que corre
me constipé...

Gustavo. E yo creí—
mí no entiendo de pulmones—
que aquella tos que tosía
estaba la de Dolores,
y dique: arriba, Gustavo:
ella te da pasaporte.

Dolores. Pero aunque usted me juzgara,
señor Gustavo, más dócil
de lo que mi honor permite
a tales insinuaciones,
¿cómo pudo usted creer
que le esperaba? ¿De dónde
sabía yo...?

Gustavo. *¡Mais, bon Dieu!...*
¿No escribí yo al papá al borde
de mi fregata?

Cipriano. No he visto
la carta... Vendría el sobre
equivocado...

Gustavo. ¡Perdón!
Clajro desía: "a dom Lopes,
en Cartagena."

Cipriano. ¡Lucidos
estamos!

Pepa. (¡Vaya un bodoque!...)

Cipriano. ¿Y no más? López me llamo
de apellido, mas mi nombre
es Cipriano, y van unidos
para que no me equivoquen...

Gustavo. Comprrendo. Santo Siprien...
¡Santo grande!

Pepa. (*Ora pro nobis.*)

- Gustavo.* Eh bien, señor mío, el santo...
Dolores. (¡Se fue al cielo!)
Gustavo. Pejro..., *¡drôle!*...
A mí dico el mensaquero:
yo di carta; venga porte.
Cipriano. A otro López se la dio
sin duda. Habrá unos catorce
sólo en mi barrio: don Pedro,
don Cayetano, don Cosme,
don Juan, *et caetera, et caetera...*;
pero esos son... otros López.
Gustavo. *¡Ah maladroît que je suis!*...
Cipriano. Vamos, no te desazones
por eso; es muy natural
que siendo extranjero ignores
ciertas cosas... Mas ya es hora
de dormir.
[*Mirando su reloj.*]
¡Las cuatro y once!
Tú estarás cansado...
Gustavo. Un poco.
Cipriano. Y esta niña no es de roble.
Viene del baile...
Gustavo. ¡Ah! comprendo.—
Ese no esta el uniforme
español..., y la máscara...
Hoy... Sí, carnaval; hoy postrre
de carnaval!
Pepa. (Pues yo creo
que hoy comienza en casa.)
Cipriano. Conque...
aquel es tu cuarto.
[*A Pepa.*]
Enciéndele
una luz, y que repose

de sus fatigas.

[Pepa toma una de las dos velas que habrá sobre la mesa, y entra con ella en el cuarto que ha de ocupar el huésped.]

Mañana...

Mal digo, hoy, después que ronques
a tu sabor, hablaremos
más despacio.

Gustavo. *[Besando la mano a Dolores.]*

¡Adios, consorte

bonita, oh! ¡bonita!... Adiós,

bello-padre.

[Volviendo a besar la mano a Dolores.]

¡Un autre! ¡un autre!

¡Adiós!

[Entra en su cuarto y al momento sale de él Pepa con la luz.]

ESCENA IX.

DOLORES. D. CIPRIANO. PEPA.

Dolores. ¡Padre!

Cipriano. Espera adentro

a tu señorita.

Pepa. (¡Pobre

señorita!)

ESCENA X.

DOLORES. D. CIPRIANO.

Dolores. ¡Ay, padre mío!

[Se echa en sus brazos.]

Cipriano. ¡Niña! ¿Qué es esto? No llores.

¿Te ha disgustado el futuro?

Dolores. Siento que usted se incomode,
pero el corazón me anuncia
mil penas y sinsabores.

Cipriano. Vamos, que el molde no es malo...

Dolores. Lo de menos es el molde,
mas ¿qué puedo prometerme,
qué puedo esperar de un hombre
que hace su primer visita
escalando mis balcones?

Cipriano. Su ignorancia le disculpa.
El creía obrar conforme
a los usos del país,
y siendo su amor el móvil
de ese yerro, antes merece
elogios que reprensiones.
Como todos los que llegan
aquí de allende los montes
Pirineos, vendrá lleno
de extrañas preocupaciones;
pero es mozo despejado
y yo espero que le cobres
el amor que hoy le rehúsas,
cuando él mismo vea y toque
que no hay tanta diferencia
como los fatuos suponen
entre una dama española
y otra de París o Londres.

Dolores. Quiera Dios...

Cipriano. [Tomando la otra luz.]

Vete a acostar
y déjate de aprensiones;
que si, contra mi esperanza,
se realizan tus temores,
no te casarás con él
aunque en su favor aboguen
amistad y gratitud;
y ¡por vida de san Jorge,
que si no es buen caballero

MIGUEL ÁNGEL MURO

en palabras y en acciones,
como entró saldrá; es decir,
por el balcón!– Buenas noches.

*[Entra en el otro cuarto de la izquierda y Dolores
vase por el foro.]*

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOLORES. D. CIPRIANO.

[*Acaban de tomar chocolate. D. Cipriano está de bata y gorro.*]

- Cipriano.* ¿Conque, a pesar del cansancio del baile...?
- Dolores.* Nada; no pude pegar los ojos.
- Cipriano.* Me das con eso una pesadumbre... Por qué desvelarte así? ¿Estabas mala?
- Dolores.* No; tuve una fatal pesadilla...
- Cipriano.* ¡Válgate Dios!... Mas ¿qué lúgubre fantasma...?
- Dolores.* ¡El francés! Apenas a mis párpados acude el sueño, no cual solía profundo, tranquilo y dulce, sino inquieto y angustioso como el de un mortal que sufre horribles remordimientos...
- Cipriano.* No te vayas por las nubes, y al caso. Apenas quedaste dormida, cuando...

- Dolores.* Interrumpe
mi sueño... ¿Quién dirá usted?
¡El novio...!
- Cipriano.* ¡Santa Gertrudis!...
Pues a todas las muchachas
les sucede cada lunes
y cada martes lo mismo
sin que ninguna se asuste
- Dolores.* ¡Ríe usted! Pues no es el lance
para que nadie se burle.
No en suplicante actitud,
aunque hubiera sido inútil,
sino con puñal en mano,
y de sus ojos azules
brotando llamas, y en son
como de toro que muge,
me dice: en vano será
que mi consorcio repugnes.
¡Eres mía! ¡soy el héroe
de *Dumas!* ¡calla y sucumbe!
¡soy *Antony!*— Yo gritaba,
ay, Virgen de Guadalupe!,
resuelta a morir mil veces
antes que empañar el lustre
de mi virtud.— Mis clamores
le enfurecen, braman, crujen
sus dientes, vibra el puñal,
y a mi pecho...
- Cipriano.* ¡El Vía-Crucis
me valga!...
- Dolores.* ¡Ay, Dios!...
- Cipriano.* Pero entonces
lanzando un suspiro fúnebre
despertaste...
- Dolores.* ¡Ah! sí, señor.

Cipriano. ¡Y a buen tiempo! Si no, te hunde
el puñal en las entrañas
y te cantan *De profundis*
mañana.— Y luego ¿Qué viste?
Espectros, vampiros, luces
fosfóricas...

Dolores. ¡Eh, qué chanzas
tienen usted...

Cipriano. No me lo ocultes.
El diablo andaba sin duda
por allí. ¿No oliste a azufre?

Dolores. Si lo toma usted a mofa...

Cipriano. Lo que quiero es que te cures
de pueriles aprensiones
que tales sueños producen.

Dolores. No puedo olvidar la escena
del balcón.

Cipriano. ¡Oh! ya me aburres...

Dolores. No se enfade usted, papá.

Cipriano. Pero ¿a quién diablos le ocurre
comparar a ese muchacho,
que es la misma mansedumbre,
con *Antony*? Es menester,
hija mía, que no juzgues
tan de ligero a los hombres.

Dolores. Será un ángel, un querube,
mas como yo no conozco
todavía sus virtudes...
En fin, no porfío más.
Acaso sea una fútil
preocupación la mía,
y haré esfuerzos no comunes
por dominarla.

Cipriano. Sin eso,
confío que la costumbre
de verle, el tiempo...

ESCENA II.

DOLORES. D. CIPRIANO. PEPA.

Pepa. [Saliendo del cuarto de Gustavo.]
Ya están
colocados los baúles
del huesped.

Cipriano. ¿Qué hace Gustavo?

Pepa. Se está afeitando. ¡Qué estuche
tan bonito!

Cipriano. No saldrá
sin ponerse, como cumple
a un novio, de tiros largos;
que esos franceses se pulen
y acicalan... Quizá estrene
alguna moda del *Louvre*.—
Y tú estás en *négligé*!
Anda; que Pepa te ayude...
No quiero yo que te coja
desprevenida. Esos bucles...
Ponte uno de los vestidos
que envió don Pedro Núñez
de París.— Aquel de flores
menudas...

Dolores. El que usted guste.
Ven, Pepa.

Pepa. (¡Emperejilarse
para agradar a un franchute!)

ESCENA III.

D. CIPRIANO.

Pero, señor, ¡qué manía...!
¡No perdonarle una tacha
venial!... Vamos, la muchacha
le ha cobrado antipatía.—

Quizá un elegante frac
convierta en amor el asco;
pero si no, ¡es fuerte chasco
para el pobre Martignac!
Sentiré que, según trazas,
después de fletar un barco
para atravesar el charco,
lo cargue de calabazas;—
mas por mucho que me aflija
tan dolorosa sentencia,
habrá de tener paciencia;
que antes que todo es mi hija.

ESCENA IV.

D. CIPRIANO. GUSTAVO.

[*Gustavo sale de su cuarto en bata y chinelas.*]

Gustavo. Buen día, mi cajro suegrro.

Cipriano. [*Abrazándole.*]

¡Oh, Gustavo! ¡Voto a quién...!

¿Qué tal? ¿Se ha dormido bien?

Gustavo. Perfectamente.

Cipriano. Me alegre.

Gustavo. ¿Y vos?

Cipriano. Muy bien.

Gustavo. ¿E qué tal

Dolores?

Cipriano. Como en la gloria.

(No le contaré la historia
de aquel ensueño fatal.)

¡Qué bata tan elegante!

Gustavo. La puse por me rasar,
pejro la ropa talar
está mucho redundante.
Luego a la consorte mía,

- padre don Lopes quejido,
me presentaré vestido
en toda seremonía.
- Cipriano.* Tú sabes mis sentimientos,
y con franqueza te digo
que entre nosotros, amigo,
no debe haber cumplimientos.
Ya ves que yo no te agobio
con ellos.— Mas sé lo que es
un joven... ¡Digo, y francés,
y con ínfulas de novio!
Y como todo mi afán
a su ventura se aplica,
no sentiré que a la chica
te presentes muy galán.—
Ahora te pondrán la mesa...
Tu desayuno he dispuesto...
- Gustavo.* Gracias.
- Cipriano.* Querrás, por supuesto,
almorzar a la francesa.
- Gustavo.* Mí, ya no quejro ese modo,
e si no estoy imoportuno,
dame usted un desayuno
todo español, todo, todo.
- Cipriano.* Te agradezco, por mi vida,
tu españolismo. Ahora bien
mandaremos que te den...
- Gustavo.* Está clajro: olla podrida.
- Cipriano.* (¿Olla podrida... ¡a las diez!)
- Gustavo.* Con del choriso e morsilla
e garbanso de Castilla
e Valdepena e Querés.
- Cipriano.* ¡Hombre!... (Por más que me esfuerzo
no puedo tener la risa.)
Nuestra olla no se guisa

para que sirva de almuerzo;
pero ya que haces alarde
de acomodarte al estilo
del país, vive tranquilo:
yo te la daré más tarde.

Gustavo. Fuejrte bien e grassias mil.

Cipriano. En España para el pasto
matutino hacen el gasto
Caracas o Guayaquil.

Gustavo. Eh bien, quiejero chocholata...

Cipriano. Eso es distinto.

[Llamando.]

¡Muchacho!

Gustavo. Y un... ¿Cómo apelan?... Gaspacho
con del pimiento y tomata.

Cipriano. (¡Peor es esto que la olla!)
¿Gazpacho!

Gustavo. Sí, en Cartaquena
gaspacho... ¡cosa muy buena!

Cipriano. (Apestaría a cebolla...)
Tampoco eso corresponde
tomarlo por las mañanas.
(El pobre ha oído campanas,
pero no sabe por dónde.)
[A un criado que llega.]

Chocolate al señorito,
pan y manteca de Holanda.
¡Pronto!

[Vase el criado.]

Gustavo. Haré como usted manda.
Mucho humilde mi apetito.

Cipriano. (¿Gazpacho! Pues si sintiera
después la niña el olor...)

Gustavo. (¡Ma foi, il rassemble au doctor
Pedrro Resio Tirteafuejra!)

Yo mientras, con viento en popa,
si no es usted de otro aviso,
iré, con vuestro permiso,
a meterme la otra ropa.

Cipriano. Muy bien pensado. Anda, pues,
y haz siempre lo que te cuadre...

Gustavo. Sin adiós, señor dom... padre
político.

Cipriano. Hasta después.

ESCENA V.

D. CIPRIANO.

Es una alhaja este mozo.
Pero ¡qué extraño furor
de españolizarse! Temo,
si a la mano no le voy,
que la que miraba ayer
la boda con prevención
por ser francés el marido
que la destinaban, hoy
le repruebe desdeñosa
por demasiado español.—
Pero en su propia manía
fundo mi esperanza yo,
porque de mi cuenta corre
darle buena dirección,
y ella habrá de agradecerle
esa prueba de su amor,
ya que hasta ahora, por dicha,
es libre su corazón.—
¡Eh! dejemos a Gustavo
que se ponga *comm'il faut*,
y vamos...

ESCENA VI.

DOLORES. D. CIPRIANO.

- Cipriano.* ¡Hola! Ya vienes vestida... ¡Y con qué primor!
[*Vuelve el criado con el chocolate para Gustavo en una bandeja, y entra en el cuarto donde se le ha hospedado.*]
- Dolores.* ¿Me sienta bien el vestido?
- Cipriano.* Hermosa estás como un sol.
- Dolores.* Ya ve usted que he procurado complacerle.
- Cipriano.* Y yo te doy muchas gracias. Él también, a fuer de novio de pro, implora para agradarte auxilios de tocador.
- Dolores.* ¿Le ha visto usted?
[*Sale de vacío el criado y vase por el fondo.*]
- Cipriano.* Ha un momento que de mí se separó. Ciego está por ti.
- Dolores.* ¿De veras?
- Cipriano.* De veras. ¡Y qué pasión por las cosas de mi patria! Su padre no me engañó. Y esa pasión a tu lado crecerá como el arroz, y luego que aprenda bien la lengua de esta nación, ninguno dirá que es hijo de Provenza o Langüedoc, sino que le han bautizado en Madrid o en Badajoz.—

¡Ah! escucha. Ya me olvidaba
de hacerte una prevención...

Dolores. ¿Cuál, papá?

Cipriano. Para seguirle
al clima donde nació,
ni te expondrás, hija mía,
por ese elemento atroz
a naufragar, o a que estalle
la caldera del vapor;
ni por tierra a dar un vuelco
cuesta abajo si veloz
el ganado se desboca
o se embriaga el postillón;
ni a que un guarda en cada pueblo
saque tus trapos al sol
y ladrones te acometan
un día sí y otros no;
¡que es un contento el viajar
por esta tierra de Dios!

Dolores. Eso es decir que Gustavo
cambiará su pabellón
por el nuestro.

Cipriano. Justamente.

Dolores. Me alegro.

Cipriano. Cuando se habló
de casaros, esa fue
mi primera condición,
y la aceptaron gustosos
hijo y padre.

Dolores. Les estoy
agradecida.

Cipriano. Con esto,
y con ser tan bonachón
y tan amable Gustavo,
que nunca alzaré la voz

para contrariarme en nada.
Felices seréis los dos:
y yo lo seré también
si otorga su bendición
el cielo a vuestro consorcio
y, antes que siegue la hoz
de la parca el hilo frágil
de mi vida, el comadrón
me anuncia, para consuelo
de mi gota y de mi tos,
el dichoso natalicio
de un nieto como una flor.

Dolores. ¡Jesús, papá, tiene usted
unas cosas...!

Cipriano. ¡Voto a san...! Son
las tantas de la mañana,
y tan indolente soy
que aún no me he puesto otra ropa
más decentita.

[*Llamando.*]

¡Simón!

No es justo que sola tú
lo luzcas...

[*Al criado, que llega.*]

Sígueme.

[*A Dolores, entrando con el criado en el cuarto de la
izquierda, próximo al proscenio.*]

¡Adiós!

ESCENA VII.

DOLORES.

Habré, al fin, de confesar
que papá tiene razón
y que no estriba en ningún

- por mi cuerpo expresamente
lo mandó haser en Córdoba.
Él es bello.
- Dolores.* Sí, muy cuco.
(Tomarlo a risa es mejor.)
- Gustavo.* Grrasias.
- Dolores.* (Para salteador
solo le falta el trabuco.)
- Gustavo.* Yo muestrro mi simpatía,
señojra, en este momento
adoptando el... vestimento
de mi segunda patria.
- Dolores.* Gracias por tanto agasajo;
que es, cierto, cosa muy bella
ver a un hijo de Marsella
con los arreos de majo.
- Gustavo.* Yo, fransés, estaré surdo
en llevarlo.
- Dolores.* No, no tal.
(Ayer, que fue carnaval,
comprendo..., mas hoy, ¡qué absurdo!
¡Y mi padre me anunció...!)
Siéntese usted.
[*Se sientan.*]
- Gustavo.* Ggrandes grrasias.-
Mais... ¿usted también diplomacias!
- Dolores.* ¿Cómo... diplomacias yo!
- Gustavo.* Sí, pues, a vuestro pesar,
cóven persona, os vestís
a la moda de París
solamente por me agradar.
- Dolores.* No; lo que tengo me pongo...
- Gustavo.* Pejro en el error estás,
que a mí gusta mucho más
el mantilla y la ... sojrongo.

- Dolores.* (¡Ya se apea por la cola!
- Gustavo.* Traque francés... ¡mucho enfado!
- Dolores.* Pero ¿usted se ha figurado
que yo soy una manola?
- Gustavo.* ¡Eso! ¡guapo! ¡El bello nombre,
manola! Yo un español
conosco que en *mi bemol*
cantaba....
- Dolores.* (¡Está loco este hombre!)
- Gustavo.* [*Cantando y jaleando.*]
“Ancha franca de velludo
en la tejrsiada mantilla,
ajire resio, questo crrudo,
sobejrana pantojrilla,
alma atrós, sal española...
¡Alsa! ¡hola!
Vale un mondo mi manola!”
- Dolores.* ¡Bravo! ¡bravo! (Está de chungu.)
- Gustavo.* ¡Oh! ¡Gracias!...
- Dolores.* (¡Quién fuera sorda!)
Lo canta usted que lo borda;
con muchísima sandunga.
- Gustavo.* E yo porto castañolas
e todo lo menester,
que dan mucho de plaser
a mí dansas españolas,
e un bolejrro de alto rango
me aprendió nota por nota
un poquito de la cota
e un poquito del fandango;
e yo dajré testimonio
de habilidad, *il me semble*,
cuando bailemos *ensemble*
el día del matrimonio.

- Dolores.* Señor mío, usted se engaña
si juzga en sus devaneos
que gustan de esos jaleos
las señoritas de España.
Yo blasono de patriota,
mas no sé bailar, ni quiero,
la cachucha ni el bolero,
el fandango ni la jota.
- Gustavo.* ¿Veramente? (*C'est dommage!*)
Pues ¿qué baila usted?
- Dolores.* *Galopé*,
vals...
- Gustavo.* ¡Oh!... *Mais c'est de l'Europe!*
- Dolores.* Rigodón...
- Gustavo.* *¿Pas davantage?*
- Dolores.* Y este es el traje que visto.
- Gustavo.* ¡Dios mío, todo francés
de la cabeza hasta el pies!
¡Valga a mí san Quesucristo!—
Mas si ese costumbre manca,
otros restarán *peut-être*,
señora, de *vos ancêtres*
tan aquí que en Salamanca.
- Dolores.* Cierto; que cada nación
tiene su fisonomía
peculiar; así la mia
como la de usted.
- Gustavo.* *¡Allons!*
Resterá, pues, el guitajro
y el tabaco... ¡Oh, muerjiro yo

4. *Galope*. Danza de origen húngaro y de movimiento muy vivo en compás de dos por cuatro. Bretón utilizó esta palabra, proveniente del francés *galop*, en algunas comedias como *Un novio para la niña* y también en su poesía.

por el tabaco!- *A propos,*
voy a ensender un sigajro.

[*Saca una petaca con cigarros y de ella uno,*
que enciende luego con un fósforo.]

Dolores. (¡Ay, Dios mío, yo te imploro...!)
Cierto, aún dura esa costumbre...
(¡maldecida!) Traerán lumbre...

Gustavo. No; mí ensenderá fósforo.

Dolores. (¿Fósforos también? ¡Qué peste!
Me va a inficionar la sala.
Yo voy a ponerme mala...)

Gustavo. [*Fumando.*]
¡Mucho buen sigajro aqueste!-
¡Pobrrre España sin sus bailes...!

Dolores. (¡Uf! ¡Qué humo tan condenado!)

Gustavo. ¡Y por sima del mercado
la supresión de los frailes!
Vos estajréis mal contentos
de esa ley niveladojra.-
Mas ¿cómo mascan ahojra
los padrrres de los conventos?

Dolores. ¿Qué sé yo de eso? Presumo
que con las muelas.

[*Apartándose por huir del humo.*]

(¡Jesús!)

Gustavo. (*Tiens, elle est fâchée!... Pas plus!...*)

Dolores. (¡Maldición a ti y al humo!)

Gustavo. Pejro la cosa más buena
que os han decado los mojros
son los tojros... ¡Oh, los tojros!...
¿Hay tojros en Cartaquena?

Dolores. [*Aumentándose por grados su mal humor.*]
Sí, señor.

- Gustavo.* *Le beau spectacle!-*
¿Mucho leguas caminar?
- Dolores.* Algunos... vuenen por mar.
- Gustavo.* *Ça ne serait pas miracle.-*
Mí, yo viviré con pena
mientra los dos no casamos
y al otro día tengamos
tojritos en Cartaquena.-
Pejro usted, bella Dolojres,
torna cara e no contesta.
- Dolores.* Es que... (¡Puf!)
- Gustavo.* E manifiesta
que tiene malos humojres.
- Dolores.* ¿Malos humores? ¡No tal!
Mal humor..., puede que sí.
- Gustavo.* ¡Perdón, Dolojritos! Mí...
Peut-êtra me exprimo mal.
Mas ¿por qué de mala guisa...?
- Dolores.* Ese cigarro...
- Gustavo.* ¡Oh! sí, ahojra
comprendo... ¡Perdón, señojra!
Perdone usted la meprisa.
- Dolores.* No hay de qué. (¡Gracias a Dios
que deja, al fin, de fumar!)
- Gustavo.* [*Ofreciendo a Dolores la petaca.*]
Prende otro sigajro, un par...,
e fumajremos los dos.
- Dolores.* [*Levantándose irritada.*]
¿Yo fumar! ¡yo! ¡qué insolencia!
- Gustavo.* *Mais...* yo pensaba...
- Dolores.* ¡Bellaco!
- Gustavo.* Yo he leído...
- Dolores.* ¿Yo, tabaco!
¡Quítese de mi presencia!

- Gustavo.* [*Siguiéndola.*]
Pejro atienda usted un poco.
¡Es habano! Mijra aquí...
Pujro habano...
- Dolores.* (¡Uf! ¡Ay de mí!
¡Qué angustia! Yo me sofoco.)
- Gustavo.* ¡Oh qué cajra de demonia!
- Dolores.* ¡Aparte usted! (Yo me caigo...)
- Gustavo.* ¡Señojra!...
- Dolores.* (Pero... aquí traigo
mi frasquito de colonia...)
[*Saca del pecho un pomito y Gustavo retrocede
aterrado. Ella entre tanto le huele sin que él lo
advierta.*]
- Gustavo.* (*Ciel, le poignard!* ¡La navaca!
Elles sont armées toujours!)
- Dolores.* ¡Ah! yo... fallezco...
- Gustavo.* *Au secours!*
On faira ici ma.... mortaca.—
Il faudra la désarmer....
[*Se abalanza a ella para quitarle lo que tiene en la
mano. Dolores grita.*]
- Dolores.* ¡Socorro!... ¡Infame!... ¡Traición!
- Gustavo.* [*Apoderándose del pomito.*]
Je l'ai!— Mais ¡c'est un flaçon!
- Dolores.* ¡Ah!
[*Cae desmayada en la silla.*]
- Gustavo.* *Est-ce qu'elle pâme? Si fait!*
[*Acude a socorrerla.*]

ESCENA IX.

DOLORES. GUSTAVO. D. CIPRIANO. PEPA.

- Pepa.* [*Llega corriendo por el foro.*]
¿Quién grita? ¿Qué ha sucedido?

- Cipriano.* [*Sale apresurado y a medio vestir. Le sigue el criado.*]
¿Quién da voces? ¡Ah! ¿Qué ven mis ojos!
[*Acercándose.*]
¡Hija! ¡Dolores!
[*Don Cipriano y Pepa sostienen a Dolores.*]
¡Agua!
[*Vase el criado corriendo por el foro.*]
¿Qué es esto?
- Gustavo.* No sé.
Ella... Señor... *Ce petit réceptacle... Je croyais...*
- Cipriano.* ¿Y qué diablos significa ese ridículo tren?
- Gustavo.* ¡Oh! mi vestido de maco.
- Cipriano.* ¡Estás gracioso con él!—
¿No viene el agua?
- Pepa.* Ya creo que respira.
- Dolores.* [*Volviendo de su desmayo.*]
¡Ay de mí... ¿Quién...?
[*Vuelve el criado con agua.*]
- Cipriano.* No temas. Soy tu papá...
Bebe agua...
- Dolores.* No tengo sed.
- Cipriano.* No importa: una poca...
- Dolores.* Venga.
[*Toma el vaso y bebe: el criado se retira enseguida.*]
- Gustavo.* (*S'évanouir! ¿Qui l'aurait dit?*)
- Cipriano.* Si estás mala, hija mía, puedes irte a recoger.
- Dolores.* No; ya me siento mejor.
Estando al lado de usted,

nada temo.

[*Se levanta.*]

Cipriano. Según eso,
temías antes...

Dolores. Sí; aquel...

[*Viendo a Gustavo.*]

¡Ese hombre!...

Cipriano. [*A Pepa.*] Vete allá dentro.

Ya no te hemos menester.

Pepa. (Harto será que no acabe
en tragedia el entremés.)

ESCENA ÚLTIMA.

DOLORES. GUSTAVO. D. CIPRIANO.

Cipriano. ¡Vive Dios, monsieur Gustavo
de Martignac...!

Gustavo. Todo fue,
señor, un mal entendido,
et j'en atteste le ciel...

Cipriano. Oigamos primero a ella.

Gustavo. Yo caballero...

Cipriano. Bien, bien...

Gustavo. E siempre por las señoras
mucho galante e cortés.

Dolores. Papá, ¿es cortés ni galante
un novio que viene a ver
a su futura vestido
como un jayán de Jerez?
Y si a esto encuentra disculpa
como al asalto de ayer,
¿es cortesía no hablar
a una dama de mi prez
sino de toros y frailes...

Gustavo. *Mais...*

- Cipriano.* ¡Silencio!
- Gustavo.* *Je me tais.*
- Dolores.* ¿Y en vez de alabar mi traje,
siquiera porque es francés,
decirme que me estaría
mejor..., ¡mentira soez!...
el zorongo... ¿Qué es zorongo⁵,
Dios mío? ¡Y el guardapiés
a media pierna!... ¡Y cantarme
con ese acento cruel
la canción de la *Manola!*
- Cipriano.* ¡Oiga! ¿Es músico también?
- Gustavo.* Sí, señor, filarmónico.
- Dolores.* Y, por último, encender
un fósforo, y en el fósforo
un cigarro... ¡Ay, san Andrés!
¡Todavía está humeando
esa boca de Luzbel!
- Cipriano.* ¡Tire usted con mil demonios
ese cigarro!
- Gustavo.* *Mais...*
- Cipriano.* *Mais!...*
¿No ve usted que con el humo
se desmayará otra vez?
- Gustavo.* Eh bien, ya tijro sigajro.
[*Lo hace.*]
(*Je commence à m'ennuyer.*)
- Dolores.* Y aun fumar él..., vaya en gracia;
mas ¡tener la avilantez
de ofrecerme otro cigarro!
- Gustavo.* Por galantería.

5. **Zorongo.** 'Moño ancho y aplastado que usan algunas mujeres del pueblo.' (*DRAE 2*); Bretón emplea también esta palabra en sus artículos periodísticos.

- Cipriano.* ¡Pues!
- Gustavo.* A mí enseñar que en España
fuman hembras.
- Cipriano.* De la hez
del pueblo, y pocas.
- Gustavo.* ¿Qué entiendo!
Alors, il faudrá brûler...,
quemar mis libros.
- Cipriano.* Sí, debes
hacer un auto de fe
con ellos.
- Dolores.* En fin, su habano,
que maldiga Dios, amén,
me trastornó los sentidos;
desfallecida saqué
ese pomito del pecho
para frotarme la sien
y la nariz; ¡y el villano
me asió del brazo...
- Gustavo.* *C'est vrai.*
- Dolores.* Y me quitó...!
- Gustavo.* *C'est ça, oui.*
- Cipriano.* ¡Hum!..... ¿Es esto algún cuartel?
- Dolores.* Y... no puedo decir más;
que entonces me desmayé.
- Gustavo.* ¿Podré mí hablar a mi turno,
señor dom Lopes Siprien?
- Cipriano.* Sí, y yo deseo en el alma
que te justifiques.
- Gustavo.* ¡Eh!...
¿Qué opinión formáis de migo?
A qui croyez vous parler?
¿Habré yo desafiado
sielo e mar en mi baquel
por robar una pequena

- butella *qui ne vaut...* tres
majravedís?— Mi pensaba
ser navaca. *Pardonnez!*
- Cipriano.* [*Soltando la carcajada.*]
Ja, ja...
- Dolores.* ¿Yo, navaja, padre!
¡Jesús, Jesús!...
- Cipriano.* ¡Qué sandez!
- Gustavo.* Eh bien, un otrra mentijra
de mis libros.
- Cipriano.* ¡Ya se ve,
dama española y navaja
bajo la liga, es de ley!
¡Y aquí todos son toreros
y gente de ese jaez;
y en cada casa hay un fraile
que nos manda como rey;
y en las artes y las ciencias
vamos con el siglo diez;
y empieza en los Pirineos
el territorio de Argel!
Hay en Francia infinidad
de españoles que dan fe
de lo contrario; no importa:
nadie, responden, es juez
competente en su propia causa,
¡y solo es pintura fiel
de España la que ellos fingen
como Dios les da a entender!
Y escriben de nuestras cosas
veinte folletos al mes;
mas, si una vez en el clavo,
dan en la herradura cien;
que contraen cataratas
cuando aquí ponen el pie

para ver... lo que no miran
y mirar lo que no ven.
Así, la excepción es regla
para ellos, y tal vez
si en hora menguada a alguno
muere en la calle un lebel,
con mucha formalidad
nos dirá luego *Gautier*:
“todos los perros de España
muerden... entre cinco y seis.”
Y no faltan escritores—
si quieres los nombraré—
que sin salir de París
pasean por Aranjuez,
y han bailado la cachucha
o el polo con ISABEL
SEGUNDA, o se han embarcado
en la playa de *Jaen*
para ver en *Tarragona*
los amantes de Teruel.—
Con semejantes ideas
vienen a España después,
y no es milagro que incurran
en tanta ridiculez.

Gustavo. Mí, por equemplo, señor,
que desbarco al nocheser
en Cartaquena... Mi falta
es disculpable.

Cipriano. Sí es.

Gustavo. Mas, aunque mucho crédulo,
soy hombre honesto.

Cipriano. Lo sé.

Gustavo. Y un *quid pro quo*...

Cipriano. No es un crimen.—
Pero Dolores... Ya ves...

- Vuestra boda es imposible.
- Dolores.* [Abrazando a D. Cipriano.]
¡Padre mío! ¡Qué placer!
- Cipriano.* Vuestros genios son opuestos.—
Yo siento mucho...
- Gustavo.* ¿E por qué?
Nous ferions mauvais ménage...
- Cipriano.* Así lo debo creer.
- Gustavo.* Que también cayó por tierra
la mi torre de Babel.
Yo estoy mucho romanesco,
et de là les Pyrénées
venía buscar muchacha
salejrosa, una muquer
mucho fuerte e con la sangre
bullendo como en sartén;
je la muquer que me dais
es ella todo al revés;
que se viste a la fransesa
e tiene mucho desdén
al sigajro, e se evanuye...
Fi!... Donnez moi mon congè.
- Cipriano.* Bien; no riñamos por eso,
y pues el mutuo interés
vuestro proyectado enlace
nos aconseja romper,
démonos padres e hijos
recíproco parabien...
[Dando la mano a Gustavo.]
y tan amigos como antes.
- Gustavo.* [Apretando la mano a D. Cipriano.]
¡Mí siempre amico de usted!
- Dolores.* Y vengan modas de Francia.
pero ¿maridos también?
¡No, por Dios!

MIGUEL ÁNGEL MURO

Cipriano. Y hermanos sean
el español y el francés,
mas cada uno en su casa
y Dios en todas.

Los tres. ¡Amén!

